

ORTEGA Y GASSET Y LA UNIVERSIDAD

1.—A MANERA DE INTRODUCCIÓN

LOS problemas de la cultura preocupan, de manera casi dramática, a los pensadores que pretenden indicar el sentido de la evolución contemporánea. Cualquier análisis de la actualidad llega inevitablemente a un resultado desolador: el mundo occidental del presente carece de auténticos valores espirituales, el hombre y la sociedad de hoy viven en un caos, entregados al frenesí de una civilización mecánica.

Si admitimos en su fría y magnífica amplitud la tesis spengleriana y, con ella, la aceptación y afirmación de la vida tal como es en su patética verdad, no cabe dolerse de los fenómenos actuales. Vivimos en un período de civilización, no en un período de cultura, y lo que ayer aún era posible, hoy no es, cuando menos, necesario, como escribe el teórico de la decadencia de Occidente.

Sin embargo, son numerosos los medios propuestos para remediar en algo los defectos que, con singular unanimidad, se atribuyen a nuestra época. Desde los más opuestos puntos de vista, se insinúan soluciones, las cuales tienen todas el vicio común de su procedencia: viniendo de especialistas, de espíritus orientados hacia una inveterada perspectiva, son soluciones mezquinas, teñidas de particularismo, inadecuadas para abarcar la confusa totalidad viviente.

Así, los temperamentos religiosos imaginan que todo el mal-estar del mundo se debe a la pérdida de fe en las potencias cósmicas, sin reparar en que esa falla del alma contemporánea

es un síntoma y no una causa de nuestra pobreza espiritual; el economista, por su parte, mira el problema a través de las formas del capitalismo, culpando a las imperfecciones del sistema de producción y reparto de la riqueza, de la trágica tensión de las fuerzas históricas; a su turno, el político atribuirá los más complejos fenómenos a una simple cuestión de técnica administrativa y de organización de los poderes del Estado. Y así otros...

Pero, tal vez el especialista que con más petulante frecuencia se considera en el eje del problema es el pedagogo. Hay una verdadera superstición pedagógica, a cuya luz—o a cuya sombra—las posibilidades de conjurar la crisis del mundo moderno residen en los organismos educacionales. Que sólo el pedagogo llegara a esta estimación absurda de su poder sobre la realidad no tendría nada de extraño, aunque sí mucho de ridículo; pero es el caso que amplios sectores de la sociedad creen lo mismo y exigen, en forma a veces perentoria, una modificación de los institutos docentes que ponga a éstos en situación de llevar a término lo que un romántico llamaría «la renovación del género humano».

Tiene que ser, pues, de vivo interés oír, en medio de la garrulería pedagógica, las palabras de un hombre que sin la fe cándida del especialista, enfrenta un problema docente con estricto criterio de realidad, despojándolo de todo vagaroso decorado retórico. Es el caso de Ortega y Gasset, quien a petición de los estudiantes dió en Madrid una conferencia sobre la *Misión de la Universidad* en la que trató cuestiones y señaló rutas que valen un amplio comentario por sus relaciones, muy estrechas y muy oportunas, con las cosas similares de nuestro ambiente.

2.—LA TENDENCIA A LA IMITACIÓN

Al encontrarse en presencia del problema de la enseñanza superior y al sentir la urgencia de resolverlo, todos dirigen la vista, en busca de sugerencias y modelos, a las grandes universidades de Europa. Nadie intenta plantear la cuestión en sus términos nacionales, en su relación con la sociedad a la cual la Universidad sirve y ha de servir. Se estudia el problema universitario en abstracto, desligando sus múltiples fases de las peculiaridades de ambiente que dan original e intransferible vitalidad a las instituciones.

Y luego, el especialista tiene a mano siempre un acervo de argumentos que convencen a los espíritus superficiales, es decir,

a las mayorías, a la democracia. Afirman, por ejemplo, que Inglaterra debe la disciplina de sus grupos sociales, la eficacia de sus instituciones políticas y la voluntad emprendedora de su juventud a la índole de sus colegios secundarios, lo mismo que la grandeza de Alemania, los avances de su ciencia y la cohesión de sus fuerzas nacionales son el producto de sus estu-
pendas Universidades. Y repiten las viejas frases del siglo XIX—del siglo de «las luces»—: «La batalla de Waterloo fué ganada por los campos de juego de Eton.» «La guerra del 70 es la victoria del maestro de escuela prusiano y del profesor alemán.»

Error fundamental este de reducir el proceso biológico y cultural de una nacionalidad a simple producto de técnica educacional más o menos discutible.

Ciertamente—anota Ortega y Gasset—cuando una nación es grande es buena también su escuela. No hay nación grande cuya escuela no sea buena. Pero lo mismo debe decirse de su religión, de su política, de su economía y de mil cosas más. La fortaleza de una nación se produce íntegramente. La escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros. Sólo cuando hay ecuación entre uno y otro aire la escuela es buena.

La escuela secundaria inglesa y la Universidad alemana son eficaces porque actúan en un medio colmado de propicias virtudes biológicas, sin las cuales, como meras instituciones, carecen de valor. Afirma Ortega y Gasset—con gran conocimiento y autoridad, pues les debe las cuatro quintas partes de su formación intelectual—que las Universidades alemanas son, como instituciones, deplorables. La aptitud científica es propia de la raza, y la atmósfera espiritual de la nación está pletórica de incitaciones que «suplen los defectos garrafales de su Universidad». Esta afirmación, viniendo de uno de los más activos vulgarizadores de las ideas alemanas, no es sospechosa de hostil parcialidad.

Hay, en suma, una adecuación entre la institución docente—escuela, liceo, Universidad—y el medio social. Mientras más fielmente indentificadas estén ambos, mejor será la calidad de los resultados. Y he aquí la falla sustantiva de las imitaciones: es posible trasladar, imitar, la institución en lo que ésta tiene de estético, de formal, pero lo que le da sentido y eficacia, espíritu, sólo le anima cuando está arraigada al medio histórico que la ha generado. Al imitar, imitamos lo externo: estructura, reglamentaciones, etc.; el contenido vital de una insti-

tución es parte integrante de una realidad colectiva. Es, por eso, intransferible.

Una actitud realista, de auténtica sumisión al propio problema, tiene que ser el punto de partida de toda reforma fructífera.

No censuro que nos informemos mirando al prójimo ejemplar; al contrario, hay que hacerlo; pero sin que ello pueda eximirnos de resolver luego nosotros originalmente nuestro propio destino. Aunque fuésemos todos—hombres o países—idénticos, sería funesta la imitación. Porque al imitar eludimos aquel esfuerzo creador de lucha con el problema, que puede hacernos comprender el verdadero sentido y los límites o defectos de la solución que imitamos.

3.—FINES DE LA UNIVERSIDAD

Dos son los objetivos primordiales que trata de alcanzar la Universidad española: la formación de profesionales y el desarrollo de la investigación científica. Lo primero es fácil de lograr; lo segundo presenta dificultades considerables. Sin embargo, actualmente, las reformas que se planean para la Universidad peninsular están inspiradas en el propósito de acrecentar el trabajo de investigación, poniéndolo en esto al nivel de las otras Universidades europeas. Nadie parece percatarse de que la investigación científica, floreciente y admirable en muchos Institutos superiores de Europa, no es el resultado de disposiciones administrativas o de técnicas docentes, sino la manifestación de fuertes vocaciones y capacidades individuales. El espíritu científico, necesario para toda constante y fecunda labor investigadora, no es algo que se pueda crear a voluntad, mediante esfuerzos del profesorado o aplicación de métodos novísimos.

Por lo demás, la investigación científica, que no pocos consideran consubstancial a la idea de Universidad, sería un desastre practicada por todos o, simplemente, por muchos estudiantes. La Sociedad necesita de numerosos profesionales, bien adiestrados en sus técnicas, capaces de cumplir convenientemente las funciones que les están encomendadas; pero no pide en igual proporción hombres de ciencia. La ciencia pura requiere disposiciones, talentos y virtudes que sólo se dan por excepción en los individuos. Por eso la alta ciencia, la desinteresada investigación tienen un carácter hermético y aristocrático. No se concibe la sutileza y el fervor de una seria labor investigadora en la muchedumbre juvenil que frecuenta las aulas universitarias en busca de un título.

Por otra parte el sabio es, salvo escasísimas excepciones, un

ejemplar de humanidad que, en ningún caso, puede elevarse al rango de modelo. Con su vida encauzada hacia una finalidad desconoce, por lo común, la vida, y esa pobreza de experiencia hace de él, frecuentemente, un candoroso excéntrico, cuando no un egoísta detestable. Ahora bien, si la Universidad no puede ni debe tratar de hacer de sus alumnos sabios, hombres de ciencia, investigadores, debe, en cambio, esforzarse porque sean hombres cultos, conocedores de su época. Cada época, anota Ortega y Gasset, tiene un sistema de ideas dominantes, una concepción del mundo y del destino que expresa la actitud de su alma. Ese sistema de ideas relativas a los problemas profundos de la existencia constituye la cultura. Poseerlas es ser hombre culto.

Para el hombre de la Edad Media la cultura era la teología; de ella extraía sus convicciones sobre el mundo, sobre la vida, sobre sí mismo; ella le daba en medio de la oscura realidad caminos seguros—métodos—que lo llevaban a fines trascendentales. Más tarde ya no es el teólogo el hombre culto. Deja de estar a la altura de su época. Las búsquedas del pensamiento se han apartado del ancho camino que partiendo del corazón del hombre conducía hasta Dios. Anarquizado y emancipado por el racionalismo, el espíritu occidental se va apartando, poco a poco, de las especulaciones metafísicas y termina por entregarse de lleno a la conquista técnica de la naturaleza. Aparecen el hombre de ciencia, los métodos experimentales. Los fenómenos se agrupan en series y se estudian hasta el agotamiento. Se multiplican las ciencias, cunde el especialismo, decrece la cultura.

Durante el siglo pasado y lo que va corrido del actual se ha desarrollado en Occidente lo que llama acertadamente Ortega y Gasset la *barbarie del especialismo*. El campo de la ciencia pura se encuentra parcelado, lo mismo que el trabajo social. El sabio y el experto representan los dos aspectos—el espiritual y el técnico—de un mismo fenómeno de civilización: la racional mecanización de la vida y del trabajo. Así como el experto desconoce casi siempre el total funcionamiento de la maquinaria o de la empresa a que sirve en una función circunscrita, el especialista de una ciencia ignora la estructura espiritual de su época: es un inculto, un bárbaro. Estos son, hoy día, los tipos dominantes.

Y el mundo occidental se pierde por falta de minorías cultas capaces de ejercer el mando, es decir, de organizar y dirigir la vida.

El profesionalismo y el especialismo, al no ser debidamente compensados,

han roto en pedazos al hombre europeo, que por lo mismo está ausente de todos los puntos donde pretende y necesita estar. La gran tarea inmediata tiene algo de rompecabezas. Hay que reconstruir con los pedazos dispersos la unidad vital del hombre europeo. Es preciso lograr que cada individuo o—evitando utopismos—muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre. ¿Quién puede hacer esto sino la Universidad?

4.—HAY NECESIDAD DE HOMBRES CULTOS

El mundo occidental—nuestras sociedades—necesita hombres cultos, y la Universidad debe contribuir a formarlos. Pero ¿no los forma? Entonces esos médicos, esos abogados, esos ingenieros, esos profesores que anualmente abandonan las aulas ¿no son hombres cultos? La Universidad les ha enseñado algo de Filosofía y de Historia—hablamos de España; aquí ese algo se les enseña a los profesionales, salvo a los profesores—, les ha proporcionado cierta «cultura general». Resalta la torpeza de la expresión oficial. Como dice muy bien Ortega y Gasset, «cultura referida al espíritu humano—y no al ganado o a los cereales—no puedo ser sino general».

Pero esas vagas, inconexas y ornamentales nociones sobre asuntos de filosofía o de historia, a veces mero ejercicio de repetición de anacrónicos manuales, no constituyen cultura. Los jóvenes universitarios egresan en perfecta virginidad cultural y entran a la vida activa con su bárbaro exclusivismo profesional. Creen pertenecer a la clase distinguida, directora de la sociedad, porque tienen en su despacho un diploma universitario con timbres del Estado. Encajonados en su especialidad, conocen sólo un aspecto de la realidad y son, por lo tanto, ineptos para dirigir la evolución colectiva. Sin embargo lo pretenden y fracasan, porque la política es, superiormente hablando, cultura, disciplina de integración, de totalidad, y no subalterno menester de especialistas que son únicamente especialistas.

El especialista, el profesional viven ajenos a los problemas de la compleja actualidad, incapaces de abarcar el panorama del presente.

Y de esa barbarie inesperada, de ese esencial y trágico anacronismo tienen la culpa sobre todo las pretenciosas Universidades del siglo XIX, las de todos los países, y si aquélla, en el frenesí de una revolución las arrasase, les faltaría la última razón para quejarse. Si se medita bien la cuestión se acaba por reconocer que su culpa no queda compensada con el desarrollo, en verdad prodigioso, que ellas mismas han dado a la ciencia. No seamos *paletos* de la ciencia. La ciencia es el mayor portento humano; pero por encima de ella está la vida humana misma que la hace posible—de aquí que un crimen contra las condiciones elementales de ésta no puede ser compensada por aquélla.

Para el servicio y mejoramiento de la vida contemporánea se impone, como algo impostergable, el trabajo de activas minorías disciplinadas por la cultura: minorías en quienes se unan la auténtica voluntad y la comprensión de nuestro tiempo. La Universidad debe seleccionar y capacitar a los mejores, dotándolos de síntesis ideológicas en que se resuma el estado actual, la peculiar actitud de la época, ante los grandes problemas vitales.

El señor que dice ser médico, o magistrado, o general, o filólogo, u obispo —es decir, que pertenece a la clase directora de la sociedad—, si ignora lo que es hoy el cosmos físico para el hombre europeo es un perfecto bárbaro, por mucho que sepa de sus leyes, o de sus mejunges, o de sus santos padres. Y lo mismo diría de quien no poseyese una imagen medianamente ordenada de los grandes cambios históricos que han traído a la Humanidad hasta la encrucijada de hoy (todo hoy es una encrucijada). Y lo mismo de quien no tenga idea alguna precisa sobre cómo la mente filosófica enfrenta al presente su ensayo perpetuo de formarse un plano del Universo, o de la interpretación que la biología general da a los hechos fundamentales de la vida orgánica.

Según Ortega y Gasset, la Universidad debe cumplir, en primer lugar, con la altísima misión de transmitir la cultura a la juventud. Su segunda función sería la enseñanza de las profesiones. Sólo en último término coloca la investigación científica y la educación de nuevos hombres de ciencia, dado que se trata de una actividad de excepción, posible en forma seria e integral a una mínima parte de los estudiantes. Para el cumplimiento de la misión fundamental de la Universidad, Ortega y Gasset propicia la enseñanza de las grandes disciplinas culturales, que son:

- a) Imagen física del mundo (Física).
- b) Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología).
- c) El proceso histórico de la especie humana (Historia).
- d) La estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología).
- e) El plano del Universo (Filosofía).

Naturalmente estas disciplinas culturales han de ser estudiadas en lo que tienen de esencial y en forma sintéticamente comprensiva. Pongamos un caso: para apreciar la imagen física actual del mundo y comprenderla en sus radicales lineamientos, no es preciso dominar íntegramente las bases matemáticas de la Física.

Hay diferencia entre una disciplina cultural, esto es, vital, y la ciencia correspondiente de que aquella se nutre. En la «Facultad» de Cultura—nombre que da Ortega y Gasset al conjunto de cátedras en que se enseñen las disciplinas enumeradas—no se explicará Física según ésta se presenta a quien va a

ser de por vida un investigador físicomatemático. La física de la Cultura es la rigurosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del mundo material, según éstas resultan de la investigación física hecha hasta el día.

Y así, en las demás disciplinas culturales.

Para el caso de la imagen física de la materia, hay inmediatamente una objeción: la física moderna es eminentemente matemática, de manera que mal podría comprenderla quien no estudie matemáticas superiores. Ortega y Gasset contesta muy agudamente esta objeción, aparentemente válida. Dice:

Yo quisiera que el lector se hiciese bien cargo de la tragedia sin escape que para el porvenir humano representaría el que eso fuese cierto. Una de dos: o para no vivir ineptamente, sin noticia del mundo material en que nos movemos, tendrían todos los hombres—*vellis nolis*—que ser físicos, que dedicarse a la investigación, o resignarse a una existencia que por una de sus dimensiones sería estúpida. Frente al hombre corriente se colocaría el físico como un ser dotado de un saber mágico, hierático. Ambas soluciones serían, entre otras cosas, ridículas.

5.—RACIONALIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA

De una vez por todas, hay que hacer girar la enseñanza en torno al estudiante. Sólo debe enseñarse lo que éste puede convenientemente aprender y no perpetuar una absurda mistificación, desarrollando vastísimos y difusos programas de los cuales apenas si una mínima porción es aprovechable para la vida. Un criterio de estricta economía se impone en la selección de las materias de enseñanza.

La enseñanza está condicionada por la capacidad de aprender que posee límites insalvables. Si la vida humana se prolongase normalmente y en el pleno goce de sus complejos recursos de aprendizaje más de una centuria, es claro que la cantidad de materias que un hombre medio podría asimilar aumentaría extraordinariamente. Pero este no es el caso y la ciencia pedagógica es nada más que un resultado de la necesidad de escoger entre el enorme material del conocimiento aquello que es indispensable.

Durante las épocas primitivas, preculturales, la capacidad humana de saber supera en mucho al saber acumulado, que se reduce a fórmulas tradicionales; no hay entonces, propiamente, pedagogía; pero esa desproporción se va atenuando a medida que se desarrolla el proceso histórico y llega un momento en que se invierten los términos: mientras el saber alcanza dimensiones portentosas, la capacidad humana de aprender permanece invariable. Surge entonces la urgencia de una técnica de la

enseñanza, de una pedagogía. Y cuando la desproporción entre el material de ciencia y la aptitud del espíritu alcanza, como hoy día, una forma extrema, se impone una racionalización de la enseñanza.

Insiste Ortega y Gasset en la necesidad de que la Universidad sea una prolongación institucional del estudiante. Planes de estudio, programas, métodos, todo debe partir del estudiante, de su capacidad de aprendizaje, de su conveniencia cultural y profesional. Para lograr que la Universidad lleve a término acertadamente su misión, hay que despojarla de todo aparato superfluo, de todo recargo decorativo de materias; hay que proceder de acuerdo con las escasas posibilidades de la realidad, desoyendo las sollicitaciones del utopismo que es ignorancia radical o radical insinceridad.

Ortega y Gasset concreta la misión primaria de la Universidad en esta forma:

- 1) Se entenderá por Universidad *stricto sensu* la institución en que se enseña al estudiante medio a ser un hombre culto y un buen profesional.
- 2) La Universidad no tolerará en sus usos farsa alguna; es decir, que sólo pretenderá del estudiante lo que prácticamente puede exigírsele.
- 3) Se evitará, en consecuencia, que el estudiante medio pierda parte de su tiempo en fingir que va a ser científico. A este fin se eliminará del torso o minimum de estructura universitaria la investigación científica propiamente tal.
- 4) Las disciplinas de cultura y los estudios profesionales serán ofrecidos en forma pedagógicamente racionalizada—sintética, sistemática y completa—, no en la forma que la ciencia abandonada a sí misma preferiría: problemas especiales, «trozos» de ciencia, ensayos de investigación.
- 5) No decidirá en la elección del profesorado el rango que como investigador posea el candidato, sino su talento sintético y sus dotes de profesor.
- 6) Reducido el aprendizaje de esta suerte al minimum en cantidad y calidad, la Universidad será inexorable en sus exigencias frente al estudiante.

6.—OTROS ASPECTOS DEL PROBLEMA

Pero, además de lo anterior, la Universidad tiene que preocuparse de la ciencia que es, como el mismo Ortega y Gasset lo dice, el alma de la Universidad. Sin el acicate de renovación constantemente alerta, de la ciencia sobre la enseñanza superior, ésta no tardaría en degenerar en rígido escolasticismo, juego de caducas fórmulas, de ideas desprovistas de eficacia vital.

Para beneficio de ambas, conviene no confundir la enseñanza superior con la investigación científica: la primera recibe los aportes de la segunda, se vitaliza y renueva con ellos, adquiere el tono de actualidad que necesita. Es preciso que en torno a la Universidad—al núcleo cultural y profesional—se

abran laboratorios y seminarios donde las ciencias puras y especializadas prosigan su búsqueda incesante. Ahí han de ir aquellos—profesores y alumnos—que se sienten impelidos por una vocación firme. Y de ahí emanarán sugerencias e incitaciones que mantendrán en actividad de estudio y superación a los profesores de la Universidad.

La Universidad es distinta, pero inseparable de la ciencia. Yo diría: la Universidad es, *además*, ciencia. Pero no es un *además* cualquiera—agrega Ortega y Gasset—y a modo de simple añadido y externa yuxtaposición, sino que la Universidad tiene que ser antes que Universidad, ciencia. Una atmósfera cargada de entusiasmos y esfuerzos científicos es el supuesto radical para la existencia de la Universidad.

El punto de vista del pensador español es claro: la Universidad como institución debe formar sencillamente hombres cultos y profesionales competentes. La ciencia es irreglamentable, prospera en un ámbito de espontaneidad y de esfuerzos individuales. Sobre ella, sobre sus resultados, se apoya la enseñanza superior.

Pero hay, además, otro aspecto del problema universitario, casi siempre descuidado en la realidad cotidiana, aunque no en los discursos y programas: la Universidad necesita estar sumergida en la atmósfera del tiempo, en la inquieta actualidad. Las ideas, los anhelos, las congojas, los problemas, los movimientos todos del alma nacional deberán encontrar en ella un eco oportuno. Para cumplir su destino de eficacia, toda institución tiene que seguir el ritmo de su época. De lo contrario se anquilosa, se convierte en obstáculo. Si la Universidad se encierra en sus muros, sin contacto con los densos problemas actuales, deja de servir a la colectividad.

Cumple a la Universidad ejercer un grave magisterio espiritual. La vida pública necesita ser dirigida, orientada; la masa, entregada a sí misma, cae inevitablemente en la anarquía. Y es el caso que ahora no tienen casi valor ni influencia los antiguos poderes espirituales de la sociedad: la Iglesia, porque no responde al espíritu del siglo; el Estado, porque con el triunfo de la democracia está dirigido moralmente por las muchedumbres que pretende políticamente dirigir. Para reemplazar a estos poderes tradicionales, se ha presentado en el primer plano la Prensa, cuya acción, al servicio de los más opuestos intereses, es determinante en la orientación del espíritu público.

La importancia de la Prensa como poder directivo de la conciencia pública es uno de los aspectos de la mentira democrática

que ha tenido más funestas resultados en la historia contemporánea.

Pretende ser el vocero de la opinión colectiva, es decir de las pasiones multitudinarias, de las ideas chabacanas, de los gustos descastados. Y, en este sentido, lo es amplia y lamentablemente. Pero es algo más: es un maravilloso aparato de dominio espiritual, manejado por las minorías financieras, por los poderes imperialistas que precipitan los conflictos materiales de la civilización: las crisis industriales y bursátiles, la desocupación obrera, las guerras, las intervenciones colonizadoras, etc. Mientras las democracias votan, las plutocracias gobiernan. La Prensa extiende sobre el mundo moderno una pavorosa red de mentira.

El sitio que tiene indebida y perniciosamente la Prensa debiera ocuparlo la Universidad.

Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio—cultural, profesional y científico—. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto *ad usum delphinis*, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un *poder espiritual* superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad o la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fué en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea.

Con estas palabras termina el breve folleto de Ortega y Gasset, denso de sugerencias interesantes para los que en nuestro país se preocupan de los problemas de la cultura y del porvenir de la Universidad.—EUGENIO GONZÁLEZ R.